primir todo aquello que signifique malestar para los alumnos, todo aquello que no tienda á formarle un ambiente de alegría.

El distinguido profesor de la Universidad de Oviedo, Pedro Dorado, en su hermoso trabajo acerca de los exámenes, dice lo siguiente:—«La enseñanza de exámenes y el estudio de verdad son como en un principio se decía incompatibles. El que se prepara para salir avante en el examen no estudia, pues una cosa es estudiar y otra prepararse para examinarse victoriosamente, y si puede ser con brillantez y lustre. No es posible pensar en ambas cosas al mismo tiempo, y darles á ambas satisfacción. No hay más que fijarse en el gusto con que trabaja, por ejemplo, el que estudia por aprender y cultivar su espíritu, sin otra finalidad inmediata, y en la desgana y repulsión con que lo hacen, en cambio, aquellos otros que sólo estudian para examinarse. Fiebre de saber, jamás bastante satisfecha, sienten de ordinario los primeros, á quienes cuanto más estudian más hambre de estudiar les da, hastío y no otra cosa experimentan los segundos, que se ven obligados á pasar por unas horcas caudinas que aborrecen. El que se examina sube la cuesta arriba de la indispensable preparación, todo lo acelerada y atropelladamente posible, pero también con fuerte repugnancia; y cuando dobla la cumbre, es decir, en cuanto acaba el examen para el que tal preparación servía, tira al suelo el fardo de ésta y respira con toda libertad y desahogo. Cada uno de nosotros — decía Guyau — ha experimentado esa sensación de bienestar intelectual que sigue á los días del examen y que consiste en sentir el cerebro libre de todo cuanto en él se ha ido amontonando de prisa, en readquirir el equilibrio, *en olvidar*. El diploma no significa de hecho, con frecuencia, otra cosa sino el *privilegio de volver á convertirse* uno en ignorante; y esta saludable ignorancia, que se va gradualmente readquiriendo después del día de la prueba, es amenudo tanto más profunda cuanto mayor ha sido la tensión de espíritu empleada por el alumno para reunir en el día referido todo su saber, á causa del agotamiento que de ella resulta. ¡A cuántas reflexiones nada gratas se presta todo esto! Si no hubiera otras razones para condenar los malhadados exámenes, esta sola bastaría. Es claro, la única finalidad del atracón de libros en pocos días consiste en graduarse y coger el diploma; desde el momento en que se logra tal propósito ¿qué falta nos hace ya lo que hemos aprendido, ni para qué quemarse tampoco las cejas estudiando más?»

Don Aniceto Sela, profesor de la Universidad de Oviedo, en su artículo publicado en *El Liberal* del 11 de abril de 1900, referente á los exámenes, decía:—«yo certifico de que es verdad porque he visto muchísimos casos de ello — con una preparación de quince días y algunas veces de un sólo día ó de una sóla noche, aprueban las asignaturas muchos ciudadanos que previamente han tenido el cuidado de buscar, cuando son gente que dispone de dinero, la Universidad más benigna en cada grupo; y aprobados también por procedimientos semejantes en grados y reválidos, resultan bachilleres, licenciados y doctores hechos y derechos, sin conocer siquiera el tecnicismo de la ciencia».

LUIS FELIPE GONZÁLEZ

LA RISA SANA

Después de la fatiga diaria, un poco de alegría no está de más.

Si quiere usted tenerla, busque *El Cometa* y léalo. Se sentirá feliz riendo á carcajadas.